

DEL LATÍN A LAS LENGUAS ROMANCES

El latín aparece hacia el año 1000 a.C. en el centro de Italia, al sur del río Tíber, en una región llamada Latium (Lacio), de donde proviene el nombre de la lengua y el de sus primeros habitantes, los latinos. Era una lengua de campesinos. Después del periodo de dominación etrusca y la invasión de los galos (390 a.C.), la ciudad fue extendiendo su imperio por el resto de Italia y a finales del siglo IV a.C. Roma se había impuesto a sus vecinos itálicos.

Cuando los romanos conquistaron Grecia, la lengua griega influyó mucho más aún en el latín, dotándolo de un rico léxico. A través de las conquistas militares romanas, el latín se expandió por Europa occidental y meridional y por las regiones costeras del norte de África, a medida que se extendía el Imperio Romano.

LATÍN CLÁSICO Y LATÍN VULGAR

En Imperio romano se hablaba latín, pero no siempre el mismo latín; por un lado estaba el latín de los textos literarios o de las personas instruidas, el *sermo urbanus* (o 'discurso urbano', es decir, refinado), que se encontraba regulado por la gramática y que conocemos con el nombre de **latín clásico**.

Por otro lado estaba la lengua cotidiana del pueblo llano, los comerciantes y los soldados, que es una forma de latín distinta aunque cercana, menos rígida (*sermo plebeius*='discurso plebeyo') que identificamos como **latín vulgar**: nos es conocido sobre todo por citas indirectas y críticas pronunciadas por los hablantes de un latín literario, así como por numerosas inscripciones, registros, cuentas y otros textos corrientes, y por la evidencia deducible a partir de las lenguas románicas.

Un testimonio literario importante del latín popular es el Satyricon de Petronio (s.I d.C.) en el que los personajes se expresan —según su categoría social— en una lengua más o menos próxima al arquetipo clásico. Otra fuente importante es el Appendix Probi, una especie de compilación de "errores" frecuentes, recopilados por Marco Valerio Probo, que data del siglo III de nuestra era:

<i>speculum non speclum</i>	<i>auris non oricla</i>	<i>mensa non mesa</i>
<i>gyrus non girus</i>	<i>oculus non oclus</i>	<i>auctor non autor</i>
<i>calida non calda</i>	<i>tabula non tabla</i>	<i>rivus non rius</i>
<i>umbilicus non imblicus</i>	<i>stabulum non stablum</i>	<i>viridis non virdis</i>

ORIGEN DE LAS LENGUAS ROMANCES

Históricamente, las lenguas romances (también denominadas lenguas románicas o lenguas neolatinas) derivan de la variedad hablada de latín conocida como latín vulgar, que los romanos fueron imponiendo en sus territorios a medida que incrementaban sus conquistas.

Originariamente el latín era la única lengua empleada, ya que servía como herramienta administrativa (aparte de su gran prestigio cultural), aunque a medida que se fue

desintegrando la unidad política del Imperio Romano empezaron a surgir claramente los primeros romances locales —que sin duda se habían desarrollado con anterioridad en el habla, aunque nunca se habían representado por escrito—, fenómeno favorecido por la influencia del sustrato lingüístico de otras lenguas prerromances.

Dado que la evolución del latín a las lenguas romances constituyó un proceso lento e imperceptible, resulta imposible decir con exactitud cuándo acabó uno y cuándo comenzaron las otras.

Hacia el siglo V d.C. se habían iniciado ya las primeras divergencias geográficas, y es en el VIII cuando se pueden detectar diferencias inconfundibles en el vocabulario y la gramática de los diversos dialectos romances que permiten hablar ya de lenguas distintas. Posiblemente este proceso fue favorecido por la Reforma carolingia llevada a cabo en Europa occidental por Carlomagno, que en su afán por regularizar la ortografía y la pronunciación del latín eclesiástico empleado en la liturgia lo convirtió en incomprensible para una gran mayoría de hablantes de bajo nivel cultural, los cuales decidieron emplear sus lenguas vernáculas para comunicarse, no sólo oralmente, sino también por escrito.

Del siglo X son las glosas silenses y emilianenses, primeros testimonios escritos en castellano. En concreto, las glosas emilianenses datan del año 977. De ese mismo siglo es también el primer ejemplo de la lengua italiana, el llamado Placito di Capua que es un documento escrito en latín en el que aparece el juramento de tres testigos en italiano. Los textos más antiguos de catalán son las Homilies d'Organyà, de finales del siglo XI.